

**LA CIUDAD EN EL ÁMBITO MEDITERRÁNEO DURANTE  
EL CAMBIO DE MILENIO**

Manuel Riu Riu  
Universidad Central de Barcelona

Para estudiar el origen y expansión de las ciudades medievales de la cuenca mediterránea, disponemos hoy no sólo de las fuentes históricas escritas, documentales y cronísticas o institucionales y legislativas, además de las fuentes gráficas, que nos proporcionan detalles precisos, sino también de las modernas técnicas arqueológicas que nos han permitido averiguar su forma física y su estructura social, consintiendo el cotejo de informaciones muy distintas, no sólo del desarrollo del núcleo urbano fortificado de antiguo, sino también de las características de su entorno, de su relación ambiental, de los factores de crecimiento, de la forma de las viviendas y propiedades, de determinados talleres artesanos, de los aspectos espirituales: iglesias, conventos y cementerios y, naturalmente, de las características psicosomáticas y físicas de sus habitantes.

No nos incumbe hoy ocuparnos ni de las ciudades de madera del Centro y Norte de Europa, ni tampoco de las ciudades de barro del Norte de África, porque en su origen unas y otras están alejadas de la cronología básica que centrará nuestro trabajo.

Si bien las fuentes escritas y gráficas útiles para la historia de las ciudades del siglo X son escasas, y los vestigios arqueológicos (restos de pared seca o de madera) tampoco son frecuentes, a través del estudio de los núcleos de población abandonados en plena Edad Media podemos averiguar algunas posibles constantes de las ciudades vivas, cuya investigación en ejemplos de urgencia suele ser complicada y no siempre provechosa. Tampoco las características urbanas son uniformes, porque mientras unas ciudades fueron meros centros de consumo, con una base económica agropecuaria, otras desarrollaron pronto actividades artesanas y comerciales del mayor interés.

El período de mediados del siglo X a mediados del siglo XI, dígame lo que se diga, es un período mal conocido. Diversos atisbos, aunque incompletos permiten determinadas precisiones. Pero falta información para lograr una síntesis equilibrada y esclarecedora.

El despertar de la ciudad, en este período, se manifiesta de distintos modos: en relación con el mercado, y en relación con la iglesia. Se discute sobre la continuidad de la vida municipal, a partir del siglo V, y acerca del papel de los curiales en la recogida de impuestos, en ese período de transición del mundo antiguo al medieval. Se advierte un renacer de las ciudades del Norte de África en el siglo VI que, tres gene-

raciones más tarde, sufrirá el embate de los nómadas islamizados. Se debate, mientras tanto, en torno de la transformación de edificios públicos bajo romanos en templos cristianos que los ocultan en sus estructuras básicas, y se da cuenta de la marca de la cristianización, desde el siglo IV, en la topografía de muchas ciudades romanas, incluida la propia ciudad de Roma.

Pero conviene recordar que todavía en el año mil, la proporción de la gente que vivía en las ciudades no superaría, en la mayor parte de la cuenca del Mediterráneo, más allá de un diez por ciento de la población existente.

Son muchos los problemas que cabe estudiar a partir de las fuentes y testimonios, cada vez más numerosos y mejor aprovechados. Tales como: el establecimiento estratégico, las vías de acceso, las sucesivas murallas, sus lienzos, sus puertas, torres y fosos; la red viaria y sus plazas; el abastecimiento de agua: pozos, aljibes y fuentes; la evolución de la vivienda urbana y de los espacios sin identificar que la rodean (patios, huertas, jardines, corrales...), etc. Vamos a recordar algunos de estos aspectos.

Bognetti, por ejemplo, ha recordado que en Milán, la diferencia de niveles entre la ciudad antigua y la medieval era considerable. En la basílica de San Ambrosio, de dicha ciudad, se han conservado vestigios de dos pavimentos de mármol, separados por 85 centímetros, el más reciente del siglo V. Cuando, en el año 975, murió Luis II y el arzobispo Ausperto quiso construirle una capilla funeraria junto a dicha basílica, se encontró con que la diferencia de niveles con respecto al suelo originario de ésta, era de un metro. Y el ejemplo milanés cabría repetirlo en muchos otros lugares. Prácticamente todas las ciudades han “crecido” y la identificación de los distintos niveles de ocupación es un primer problema para el arqueólogo, dado que se van superponiendo los estratos.

### **El período de transición**

En el difícil período de transición del mundo antiguo al medieval, es decir, de los siglos IV al VI, la vida en torno del Mediterráneo se sigue centrando en los núcleos urbanos fortificados. Debemos pensar, sin embargo, que salvo excepciones, estos núcleos no alcanzaban los 6.000 habitantes y varios no llegaban a los 3.000. La población agrupada alternaba con la dispersa y se tendía a crear un ritmo entre los núcleos intermedios, cuyo crecimiento regular obedecía a las funciones que desempeñaba para la población situada en su ámbito. La geografía histórica, siguiendo los pasos de Russell, ha de jugar su baza en esta reorganización del hábitat que comporta a su vez una readaptación o transformación del paisaje.

Paisaje rural y paisaje urbano se hallan íntimamente imbricados en esta época. Porque la ciudad precisa de un entorno que le resulta imprescindible. Y ese entorno rural requiere, a su vez, el concurso de la urbe para poder desarrollarse. De ahí que

el *municipium* siga formado por la *civitas* y su *territorium*. Aunque la ciudad tenga: unos rasgos físicos y topográficos propios, una jurisdicción autónoma, y una economía específica. La ciudad medieval se distingue por ser un espacio cerrado, concentrado, que precisa expansionarse a través de elementos diverso: los burgos, villas-nuevas o barrios foráneos, el mercado, las ferias, externas pero nexadas... Dentro del circuito amurallado quedan todavía patios, corrales huertas, que dependen de las viviendas contiguas, con sus pozos, balsas, fosas sépticas, silos... Pero fuera del círculo suele haber un espacio ordenado donde se entrecruzan caminos y acequias, con sus huertas cercadas, viñas, plantaciones frutales, campos de cereal y cultivos de secano, cañameras y linares, casas de campo y barracones, molinos y talleres artesanos, que le proporcionan una animación y vida insólitas.

En esta época muchas ciudades conservan su extensión y fisonomía de siglos anteriores. Algunas ciudades antiguas siguen teniendo una superficie considerable. Lyon, por ejemplo, cuenta 140 hectáreas, Vienne 200 y Nimes 230. Pero otras, en el Sudeste de la Galia se han reducido a un mínimo de 5 a 12 hectáreas, en los siglos VI y VII. En Italia se han mantenido: Pavía con 25 hectáreas, Florencia con 24, Milán (acaso la mayor de Italia septentrional), con 100 hectáreas. Verona, con 35 hectáreas, y Lucca con 39. En España, Mérida contaba con 84 hectáreas, Córdoba pasó de 50 a 70, Zaragoza tenía 47 hectáreas y Barcelona tan solo unas 9 hectáreas, mientras Gerona contaba de 5 a 6. Estos ejemplos son suficientes para tener una idea de las proporciones de la época.

Cabe añadir que, especialmente a partir del siglo IX, muchos núcleos de población tanto en Francia como en Italia, y también en España, mejoran sus fortificaciones. Ya no se trata sólo del problema del *incastellamentum*, o reagrupación de la población en torno de fortalezas, sino de la defensa de las ciudades, en las cuales se construyen castillos y torres para reforzar la protección que dispensan las murallas antiguas.

En muchos casos existe una continuidad de población y se renuevan los enemigos potenciales, próximos o remotos, para que sea necesario reforzar la vigilancia. En Roma, por ejemplo, según Carlo Cechelli, una vez perdida la capitalidad política a favor de Milán y de Ravena, queda un *vicarius urbis*, además del Papa, al cual sustituyen los *duces* con autoridad militar y política desde el siglo VIII al X, residiendo en el Palatino. Persiste el senado como representación popular, que se reúne en las iglesias y entiende en los juicios públicos. Miembros de dicho senado son los nobles propietarios de tierras y casas, existiendo asimismo, en el siglo X, mujeres senadoras. Un *praefectus urbis* preside el senado y es juez de lo criminal, ayudado por jueces ordinarios (*iudices*) y delegados (*dativi*). Existe, asimismo, un *arcarius* o administrador de las finanzas y subsisten algunos *collegia* que se convertirán en las artes medievales, agrupando a artesanos del mismo oficio. La ciudad de Roma, dividida en 12 distritos (*rioni*), cuenta al finalizar el siglo X, con el distrito de la Ciudad Leo-

nina, dotado de muralla propia, con refuerzo de la muralla imperial, mientras aparecen torres en los distintos distritos, y los papas han completado la organización civil distribuyendo el territorio en ocho *diaconías* para garantizar los suministros y el ejercicio de la caridad.

Muchos templos antiguos se han conservado por su carácter monumental, transformados en iglesias cristianas o en otros edificios de carácter público. El Foro Romano sigue siendo el centro del urbanismo, junto a palacios y casas patricias. Existen viviendas con pisos, incluso de alquiler. Está prohibida la edificación de viviendas de más de 29,50 metros de altura y los edificios altos deben ser construidos a distancias superiores a los 3,50 metros de sus vecinos. La distribución de fuentes, pozos y aljibes asegura el aprovisionamiento de agua.

Tales medidas rigen también, desde el siglo V, para la ciudad de Constantinopla. Aunque las calles son estrechas y oscuras, las casas cuentan con balcones y galerías altas de madera. La idea del prestigio de la ciudad de Roma persiste, a ella acuden gentes del África romana, del mundo germano, de Hispania y de Bizancio. Otón II fue enterrado en el atrio de San Pedro.

### **El siglo X, bisagra entre dos mundos**

A partir de la segunda mitad del siglo X, en el ámbito del Mediterráneo, despierta una nueva vitalidad, debida a factores diversos (políticos, económicos, sociales o religiosos), y los núcleos urbanos experimentan un crecimiento que continuará a lo largo del siglo XI. Ahora la superficie de estos núcleos alcanzará un mínimo de 15 a 20 hectáreas. El cambio de milenio no es un simple cambio cronológico. Por el contrario sigue el crecimiento poblacional y con él se producen cambios profundos en la mentalidad que afectan aspectos muy variados. El hombre prefiere vivir bajo el cobijo de la ciudad y sus muros, y emigra del entorno del *condado* y aún del *castrum* rural, donde se siente más inseguro u oprimido. Así los caminos se convierten en calles y surgen barrios, burgos, foburgos, suburbios y arrabales en torno de los núcleos antiguos (que en el caso de España pueden ser incluso poblados ibéricos más o menos romanizados). Y junto a los muros urbanos se organizan funciones laborales que, por los olores o el ruido, no pueden desarrollarse en el interior de la ciudad. O surgen nuevos núcleos menores fortificados en las zonas de frontera, como las *bastidas* de planta circular del Mediodía francés.

O se busca la protección de las iglesias y santuarios, estableciéndose las *sagreras* (*sacraria*), o celleras, tierras sagradas que rodean y protegen el templo en un radio de 15 a 60 pasos, en general de 30 pasos de cinco pies cada paso, unos 45 metros. En dicho ámbito que incluye el cementerio y las cabañas familiares, para guardar bienes y enseres, no tardarán en edificarse viviendas convirtiéndose en barrios protegidos por la iglesia.



La media de habitantes por hectárea oscila, en el siglo X, en torno de unos 150. Aunque en algún caso puede alcanzar los 375. Es preciso al hacer los cálculos (a menudo problemáticos) tener en cuenta los espacios vacíos de intramuros, el 20 % de la superficie destinado a la red viaria, aunque las calles no superen con frecuencia la anchura de 2,80 metros, y el espacio de otros servicios. La superficie media por casa en el mundo cristiano no suele ser superior a los 45 metros cuadrados por planta, con fachadas de 4 a 5 metros, mientras en el ámbito islámico puede alcanzar los 172 metros cuadrados, si bien suele ser de una sola planta y, a veces, con terrado al cual se accede por una escalera exterior. Esta superficie media supone 58 viviendas por hectárea. Y con una media de seis personas por familia, representaría 398 personas por hectárea. La estimación para el Occidente suele ser de 200 a 300 personas por hectárea. Hay que tener presente, no obstante, que todas estas cifras sólo cabe considerarlas aproximadas.

En el desarrollo urbano existieron notables diferencias locales y regionales. Las ciudades de la cuenca mediterránea estuvieron influidas por la civilización antigua, que había sido urbana por excelencia. Y tanto en las costas europeas como en las africanas, la impronta de Roma las marcó hasta el cambio de milenio, como cabe observarlo tanto en el Este, zona del Imperio Bizantino, como en el Oeste, de mayor influencia musulmana, en ambos casos sin interrupción desde el Bajo Imperio, en la mayoría de ejemplos.

¿Cómo se explica el auge de las ciudades, aunque pequeñas según nuestros parámetros, a partir del siglo XI? Porque de ser centros administrativos, civiles, militares y religiosos, se expansionan, estratégicamente situadas, y adquieren un papel de centros económicos, productores y redistribuidores de bienes, particularmente de bienes manufacturados. Aunque los progresos fuesen lentos, se advierten por igual en las técnicas y productos agrícolas y ganaderos, como el instrumental de hierro y en los productos artesanos.

### **Algunos ejemplos de población**

En el siglo X se ha supuesto que Córdoba tenía por lo menos 100.000 habitantes, y otros tantos tendrá Fez, en el Magreb, y Roma, en el centro de Italia. Según los cálculos de Torres Balbás, Toledo, en los siglos X - XI tendría 37.000 habitantes, en tanto que Almería alcanzaba los 27.000, la Ciudad de Mallorca 25.000, Zaragoza 17.000 y Valencia sólo 15.000. Huesca unos 8.000 y Barcelona puede que no superara los 1.250 habitantes.

Palermo y Mesina, las dos mayores ciudades sicilianas, contaban unas 200 hectáreas y de 16.000 a 26.000 habitantes. Nápoles tendría entonces unos 25.000. Estas ciudades presentan un gran contraste con las del Oriente del Mediterráneo, como El Cairo que, al finalizar el siglo X, tenía 140 hectáreas y unos 300.000 habitantes, la

mitad de ellos intramuros. Otros tantos se han supuesto para el importante puerto de Alejandría, con cerca de 1.000 hectáreas. O como Constantinopla, la gran capital del Imperio Griego, que asimismo con más de 1.000 hectáreas no contaba menos de 14 barrios, 325 calles y unos 400.000 habitantes. Otras ciudades de Oriente como Trebisonda o Éfeso contaban con unos 50.000 habitantes y Tesalónica, la segunda ciudad del Imperio Bizantino, con unos 200.000 habitantes.

Muy pocas ciudades europeas superaban los 100.000 habitantes. Acaso, como hemos visto, Roma, Constantinopla o Córdoba. Media docena alcanzaban los 50.000: Venecia, Génova, Florencia..., unas cuarenta los 20.000 ciudadanos y unas ochenta rozaban los 10.000. La mayor parte de las ciudades y villas menores oscilaban entre los 2.500 y los 100 habitantes. Muchas abarcaban superficies que no sobrepasaban las 20 hectáreas y aún dentro de esta superficie existían amplios espacios edificados. Y ello aunque Milán superara las 100 hectáreas y Constantinopla, ejemplo sin par, se extendiera cerca de las 1.500. Génova, no obstante su población, no rebasaba todavía las 30 hectáreas de la época romana.

### La singularidad de Pavía

Otra ciudad italiana, ha de merecer nuestra atención, por su singularidad: Pavía, capital del reino lombardo. En la alta Edad Media, según Vaccari, era una ciudad pequeña dotada de los servicios indispensables. Centro de un *ducado*, contaba con un *vicarius* y un *notarius*, además de ser centro de la Corte, y un lugar de reposo obligado de las comitivas imperiales cuando, desde la época carolingia, se dirigían a Roma.

Pavía ha conservado un texto singular: las *Honorantiae Civitatis Papiæ* que, fechable entre fines del siglo X y comienzos del XI, nos permite reconocer la administración y ordenación económica de la ciudad. Nos dice que ésta cuenta con un palacio real, con *comites palatini* que ejercen de jueces en toda Italia. Que sus instituciones, merecedoras de “ser esculpidas en mármol blanco”, fueron bendecidas por el primer obispo de la ciudad, San Siro. Que a ella llegan comerciantes de todo el Norte de Italia y de más allá de los montes de Lombardía, con anglos y sajones, que pagan el diezmo de los caballos, siervos, esclavas, pan, lana, lino, cáñamo y estaño. Y lo pagan al enviado del *camerario* o responsable de las finanzas regias. A Pavía traían los ingleses grandes perros cazadores, con collares cubiertos de láminas de oro y esmaltes, escudos broquelados, cotas de malla, lanzas y espadas. Los venecianos aportaban paños de gran calidad y especias procedentes de Bizancio (pimienta, cinamomo, gengibre...), espejos y peines de marfil, pomadas para el maquillaje femenino. También los mercaderes de Salerno, Gaeta y Amalfi realizaban grandes negocios en Pavía. El dinero de plata de Pavía podía competir con las numerosas monedas que llegaban a la ciudad y el comercio del oro y de la plata era asimismo

activo, controlado por un *magister monete* encargado de castigar con dureza a los falsificadores (se les cortaba la mano derecha).

Entre los oficios que mencionan las *Honorantiae* cabe recordar a los marineros que contaban con 60 naves dedicadas a la pesca, a los curtidores de cueros de buey y a los jaboneros. La escuela jurídica de Pavía tenía fama. Y los papeles del obispo de la ciudad y del *Comes palatii*, representante de la autoridad real en ausencia del monarca, tuvieron la preeminencia hasta la aparición del *comune* avanzado el siglo XI.

### El paisaje urbano en torno del año 1000

Los estudiosos de la ciudad han señalado, junto al núcleo urbano derivado del mundo clásico, grecorromano, y aún de sus posibles precedentes indígenas, la poleogénesis en zonas anurbanas de nuevos núcleos a partir de un *castrum*, un *palatium*, un *portus*, un monasterio o una iglesia funeraria. Elementos con frecuencia combinados en el proceso de los burgos, suburbios o barrios.

En el siglo X aparecen usados los terminus: *civitas* (para designar principalmente el lugar de residencia del obispo, y también del duque o del conde), el *castrum* o *castellum* (para señalar el castillo o la aglomeración que lo rodea o se extiende a sus pies), y la *villa* o dominio rural.

La *civitas* queda incluida en el recinto murado, a continuación del mismo se empiezan a extender los suburbios, en los cuales se yuxtaponen zonas de cultivo de secano (cereales y leguminosas) y de regadío (huertas y jardines) con pequeños núcleos de población formados, en general, en torno de los caminos de acceso a la urbe, junto a una ermita, por cabañas de madera y adobe. La muralla separa la ciudad de su entorno que puede extenderse hasta 1000 y 2000 hectáreas. No siempre la rodeaba un foso y no solía alcanzar los nueve metros de altura, si bien destacaba en el horizonte... Como destacaban las ermitas y las pobres cabañas entre las aceñas y las mieses. La piedra estaba sustituyendo a la madera y la arcilla, en la construcción de las viviendas rurales. Muchas tierras, campos, huertas y viñas habían pasado a manos de establecimientos eclesiásticos o de mercaderes, por donaciones, herencias, cambios y compras.

A veces, el conjunto catedralicio con sus tres iglesias, dedicadas a la Virgen María, San Juan Bautista y San Esteban o uno de los Apóstoles; la residencia episcopal con torres defensivas, y las fortalezas del conde o del vizconde, se edificaban junto a una de las cuatro principales de la muralla, y no siempre cabían en el interior y era preciso ampliar el perímetro del recinto murado y abrir nuevas puertas o portones en él. Junto a los campos se elevaban algunas torres, de planta cuadrada o circular, destinadas a la vigilancia y protección de los bienes foráneos. Acequias y canalizaciones de agua surcaban el espacio, entre prados y dehesas, y junto a ellas se edifi-



caban molinos hidráulicos, tenerías, hornos de cal o de cerámica, y otros establecimientos industriales. Un espacio llano, en torno de un camino, se dedicaba a la celebración del mercado semanal y de las ferias. Las huertas y jardines con frutales proporcionaban vistosidad y colorido al entorno urbano. La simbiosis entre la ciudad y los suburbios era grande. Muchos grupos familiares vivían de la agricultura y del pastoreo en este entorno urbano.

Mientras, los caminos se iban poblando y convirtiendo en calles, de forma un tanto irregular, los monasterios ofrecían el culto a nuevas reliquias, los prados proporcionaban pastos a las caballerías, crecían los cementerios en torno de la tumba de algún mártir o se extendían por las laderas de las colinas próximas, y se ampliaba el espacio dedicado a los viñedos, mientras los recién llegados se establecían en los yermos o espacios vacíos. Aunque la catedral suele constituir la única parroquia cristiana, frente a la sinagoga judía y a la mezquita islámica, en el entorno de las ciudades mediterráneas aparecen capillas y oratorios, monasterios y canónicas, que aglutinan grupos poblacionales, a veces reunidos por oficios.

### La ciudad en el Sudeste de Francia

Entre mediados del siglo IX y el primer tercio del siglo XI, la vida urbana en Septimania, la Narbonesa, Provenza y el bajo Ródano, se vio muy perturbada por la piratería sarracena, normanda y húngara, como ya observó Georges Duby. Los barrios exteriores de las murallas urbanas eran incendiados y saqueados con frecuencia, debiendo reforzarse la vigilancia y el carácter militar de los núcleos de población. Estos núcleos, y no los castillos rurales, debieron ser los centros de la defensa, aprovechando a menudo la solidez o los materiales de los monumentos antiguos, como, por ejemplo, el anfiteatro de Nîmes.

Existían comunidades judías florecientes en Narbona, Béziers, Nîmes, Arles, Vienne, Lyon..., que tenían relaciones comerciales con al-Andalus (cueros de Córdoba, tejidos de Málaga-Almería, frutos secos). Persiste la navegación de cabotaje y la fluvial por el Ródano. Arles y Marsella siguen obteniendo productos de Oriente (esclavos, especias, piezas artesanales). Desde fines del siglo X se están poblando los barrios nuevos y surgen burgos en torno de las tumbas de los santos. Tales síntomas de vitalidad cabe observarlos en Marsella, Toulouse, Narbona... Pero hay que recordar que Arles no llegaba todavía a los 3.000 habitantes. Los jefes militares, desde el *castrum* erigido en la ciudad, dominan los mercados y hacen que sus hijos accedan al episcopado para poder dominar la iglesia local.

Las comunidades canonicas logran independizar su patrimonio del del obispo (Avignon, Arles), estableciendo la doble *mensa* y una serie de concilios reformistas evitan las peores circunstancias de la feudalización, mientras el conde y el obispo, o el vizconde y el cabildo, se reparten el dominio de los sectores urbanos. La burgue-

sía naciente ha empezado a invertir sus ganancias comerciales en tierras, como medio de ennoblecerse, en la Francia meridional y también en Italia, como ha puesto de relieve Violante. La simbiosis campo-ciudad se sigue manteniendo, porque ambos se necesitan y complementan. Los miembros de esta burguesía comercial se desplazan en grupos armados y acuden de una ciudad a otra montando sus tierras de campaña y exhibiendo sus mercancías en llanos próximos a las ciudades, siempre protegidos por una milicia armada. Los propios mercaderes-burgueses se sienten más seguros cuando van armados.

### **Repaso de algunas peculiaridades**

#### **Las distancias entre núcleos de población**

Geógrafos demografistas han aportado su grano de arena al estudio de la ciudad y de la organización del territorio. Las distancias entre grandes ciudades se han cifrado en unas cien millas. Las de núcleos medianos, en torno de las 50 millas. Tal por ejemplo se consideraba la distancia de Tortosa a Tarragona y de ésta a Barcelona. Suponiendo que la milla equivaliese a poco más de 1.500 metros (en realidad equivalía a unos 1.620 metros) y que todavía en pleno siglo X muchos miliarios se hallaban en pie al lado de las principales vías romanas, la distancia de 162 a 150 kilómetros era perfectamente reconocible. Se calculaban 100 millas de Valencia a Tortosa y otras tantas de Tortosa a Barcelona. La jornada de viaje se calculaba en unas 25 millas. Cada final de etapa suponía, pues, haber recorrido unos 40 kilómetros. Cada media jornada y cada final de etapa se había previsto una posada para el descanso o un núcleo de población adecuado.

#### **El núcleo del castillo urbano**

Dentro de los principios del urbanismo medieval existía, tanto en el núcleo urbano cristiano, como en el islámico, cierta compartimentación. El ámbito del castillo o de la alcazaba urbanos solían estar fortificados, con muralla propia, y aislados del resto del núcleo urbano con el cual se comunicaba por medio de una puerta o poterna. Un lienzo interior separaba el castillo de la ciudad propiamente dicha. El castillo o fortaleza quedaba en la parte más elevada del conjunto, y se comunicaba con las casas del barrio principal mediante una única puerta interior, contigua a un cuerpo de vigilancia. En las ciudades islámicas, un tercer elemento: el *rabad* o arrabal, acabaría incluido dentro del recinto fortificado por una nueva muralla, generalmente más tardía.

El ámbito del castillo, en el siglo XI, lo constituía un patio a cielo abierto rodeado por un muro oval, adaptado a la roca de sustentación, en cuyo interior se elevaba una torre cilíndrica, o torre del homenaje, una capilla (la capilla castral) y un aula residencial.

## Los desniveles del núcleo urbano

El urbanismo medieval había previsto también, en las construcciones *ex novo*, que existiera un desnivel importante, no inferior acaso al veinte por ciento, para facilitar la evacuación de las aguas de lluvia y residuales. Si la mayor parte de las calles no tenían cloacas, dicho desnivel era aún necesario. La anchura de las calles, con frecuencia no superior a los 2,80 metros, no permitía grandes opciones, pero si las calles estaban empedradas o enlosadas, la evacuación de aguas se facilitaba.

En los cruces de las calles o frente a las iglesias urbanas solían producirse algunos ensanchamientos que dieron lugar a plazas porticadas, a menudo con pilares de madera, y a pequeños mercados especializados: plaza de la lana, plaza del trigo, plaza de las ollas... donde se vendían estos productos.

## Arquitectura monumental

En el urbanismo de las ciudades mediterráneas de tradición clásica destacan grandes monumentos de la Antigüedad. Las ciudades italianas en particular, como Venecia, Génova, Bolonia, Pisa, Florencia... conservan edificios clásicos, a veces en ruinas o convertidos en iglesias, conventos, mercados o palacios, en general de piedra bien labrada o de obra cocida. A veces la piedra labrada se ha reaprovechado en viviendas civiles u otros usos, como el relleno interior de las murallas. Y existen también casos en los cuales la estructura del monumento antiguo se ha forrado con paramento nuevo que oculta su vieja función.

## El gobierno de la ciudad

El derecho urbano peculiar puede considerarse iniciado en el siglo X con la consolidación de la burguesía. La ciudad, real o señorial, de señorío laico o eclesiástico, se gobierna en su inicio por los curiales, por los delegados del señor o por hombres buenos escogidos por los vecinos, pero las instituciones propiamente municipales, con la comuna y el consulado, cobrarán vida a partir del siglo XI. En el siglo X eran todavía el rey, el obispo, el conde o el duque, o sus vicarios, quienes ejercían el poder en la ciudad.

Se ha dicho que desde comienzos del siglo IX, Giustiniano Partecipacio, un mercader y transportista analfabeto, se convirtió en *dux* de los venecianos e inició con ello la historia de la burguesía. Antes de finalizar dicho siglo los habitantes de otros núcleos urbanos habían adquirido una conciencia asociativa y habían empezado a rebelarse contra las imposiciones de los señores que los administraban: condes y obispos. Las protestas continuarían hasta el siglo XII, en un largo proceso, mientras se iban creando las instituciones que regirían la vida urbana y los burgueses empezaban a acceder a la cultura en Venecia, Génova, Florencia y otras ciudades.

En la España Oriental el representante real (*veguer, batlle, justicia*) siempre presidió los consejos compuestos por cónsules, jurados u otros magistrados populares, designados por elección. Jaca, la ciudad más antigua de Aragón, contó desde 1063 con un derecho privilegiado por el soberano.

Entre los numerosos textos legislativos merece destacarse el *Libro del Prefecto o To eparjicon biblion*, libro del eparca o prefecto de la ciudad de Constantinopla, que proporciona noticias del mayor interés sobre la vida de la ciudad en los siglos IX – X, tanto en sus aspectos administrativos y legales como en los económicos y sociales. El libro consta de 28 títulos en los cuales se definen los poderes de las autoridades civiles y eclesiásticas y el papel relevante que desempeña el eparca o prefecto de la ciudad, que ejerce funciones policíacas para garantizar la paz urbana, cuida del alojamiento y supervisión de extranjeros y, al lado de atribuciones de carácter social y económico, las tiene también de carácter judicial, disponiendo para todo ello de funcionarios, jueces y un cuerpo de policía a sus órdenes.

### Los núcleos de población islámicos

Hasta ahora nos hemos referido básicamente al mundo cristiano. Conviene, a título comparativo, que hagamos una referencia al mundo islámico dado que toda la cuenca meridional del Mediterráneo le pertenece en este período. En el mundo islámico las unidades comunes de población son la ciudad (*madina*), el castillo (*hisa*) o fortaleza rural (*qala*), y la alquería (*qarya*) o torre (*bury*). A veces, por esta última, queda un vestigio de romanidad en la *villa* o *balda*, finca rústica. La villa, la alquería y la torre son tres ejemplos distintos de hábitat familiar, sin defensa o con defensa propia, si bien la *villa* o finca rústica usual del mundo cristiano, de propiedad particular o comunal, tiende a desaparecer en el tránsito del siglo X al siglo XI, sustituida al fragmentarse, por unidades menores, con frecuencia en manos de los habitantes de la ciudad que no quieren o no saben prescindir de sus orígenes rurales.

Mientras en las ciudades de origen romano suele persistir el trazado básico de calles rectas, cuyas dos vías principales se cruzan en el centro y en cuyos extremos se abren las cuatro puertas principales, con un entramado intermedio abierto y rectilíneo, en las ciudades musulmanas las manzanas son irregulares, las separan calles estrechas que se doblan en ángulo, formando una red complicada, con callejones angostos y ciegos, sin salida, que dan ingreso a las viviendas.

Conviene tener en cuenta, sin embargo, las fechas de creación de los distintos núcleos urbanos y sus sucesivas adaptaciones a concepciones urbanísticas distintas, cuando una misma ciudad ha sido sucesivamente: romana, islámica y cristiana.

### La ciudad islámica

La ciudad islámica adquiere en Oriente las características que le serán propias, pero en Occidente su evolución depende con frecuencia de estructuras anteriores y,



en particular, de las de época romana. Souto ha sintetizado sus distintos elementos y su morfología. La *madina*, o ciudad, cuenta con un elemento esencial: la *mezquita aljama* o mayor, con la torre o alminar desde la cual el almuédano llama a los fieles a la oración cinco veces al día. Cada barrio tiene su propia mezquita. El segundo elemento es la *alcazaba* o *alcázar*, palacio o fortaleza, desde los cuales se gobierna la ciudad, residencia del soberano o del gobernador, situada en la parte más alta, con muralla propia y los servicios indispensables. La *alcaicería*, o centro del comercio de artículos lujosos o de mayor valor, vigilado y cerrado, y los *zocos* o mercados y las *alhódigas*, *baños* y *viviendas* distribuidas entre callejas y adarves. Las casas en general de una o dos plantas, disponen de patios, salones, alcobas, cocinas, letrinas, zonas de vertidos, establos, pozos, aljibes y silos. Se suele acceder al piso superior o terrado por escaleras exteriores. Una muralla, con torres y puertas, protege la *madina*.

Los *arrabales* constituyen la prolongación extramuros de la ciudad, con sus mezquitas, baños, zocos, casas y talleres, pudiendo tener muralla propia e independiente, con *mozarabías* y *juderías*, barrios de población cristiana o judía, con sus representantes ante las autoridades islamitas. Los alrededores de la ciudad suelen ser zonas de huertas, con *almunias*, casas de recreo, palacios foráneos, *almacabras* o cementerios y *musallas* u oratorios, y la *almazara* o explanada destinada a las paradas militares y ejercicios ecuestres.

### La Córdoba califal

Córdoba, capital del califato hispano, era una ciudad espléndida. El califa al-Hakam II (961 – 976) llegó a reunir una biblioteca que fue única en su tiempo. Existían en Córdoba zocos especializados: el de los silleros, carpinteros, cedaceros, etc. Contaba con un mercado de libros para el cual trabajaban 170 mujeres copistas que producían unas 60.000 piezas al año. El mercado de esclavas cristianas, norteanas, se hallaban bien abastecido.

En la Córdoba califal había 21 suburbios, cada uno con sus correspondientes mercados, asimismo bien abastecidos, y otros servicios. Los tratados de *hisba*, desde el siglo IX, proporcionan abundante información sobre los zocos o mercados diarios y sobre el *almotacén* que lo vigila, comprueba las pesas y castiga los fraudes. Para su gobierno la Córdoba califal contaba con el *sahib al-madina* (zalmedina) o gobernador de la ciudad; el *qadi* o juez, el *sahib al-suq* (zabazoque) o inspector y juez del mercado; el *sahib al-surta* (zabasorta) o jefe de policía y el *musrif* (almojarife) o recaudador de impuestos.

Un censo de la época de al-Mansur e Hixem II, al que se han referido, entre otros José M<sup>a</sup>. Lacarra y Leopoldo Torres Balbás, nos indica que Córdoba contaba 60.300 casas ocupadas por grandes dignatarios, 213.077 habitadas por el resto del pueblo y 80.455 tiendas y talleres artesanales. De ser exactas estas cifras supondrían una

población no inferior a los 300.000 habitantes, cantidad que pudo ser un tanto exagerada, no obstante la importancia de la ciudad. Pero, por otra parte, los datos de las sucesivas ampliaciones de la mezquita mayor, atribuyen a las épocas de al-Mansur (años 987 – 990) una capacidad para 24.734 personas. Y teniendo en cuenta que para el rezo de los viernes al mediodía, se reunían en ella los varones mayores de edad, ya nos acercáramos a la cifra de 100.00 habitantes.

### **Los subterráneos urbanos**

Autores árabes de los siglos XI al XII nos hablan de la existencia de subterráneos en el subsuelo de Fraga (al-Qazwini), de Lérida (al-Himyari), de Tarragona (al-Udri) y de Tortosa (al-Qazwini). Ciertas evidencias demuestran que éstas ciudades del Sharq al-Andalus no fueron las únicas ciudades que los tuvieron. En general se descendía a estos subterráneos desde pozos, existiendo varias entradas y salidas debidamente disimuladas, con construcciones internas y pasadizos equívocos, almacenes de cereales y lugares para ocultarse del enemigo, en caso de que éste llegara a apoderarse de la ciudad.

El elemento subterráneo, refugio de piratas en el caso de Tarragona, fue pues importante. Supuso obras notables en el subsuelo rocoso, con depósitos de cereales que podían permanecer encerrados en ellos durante varios años y ser aprovechados en épocas de necesidad. En estos subterráneos había también depósitos de agua potable, ríos subterráneos e incluso lagos. Las villas fronterizas fueron especialmente atentas a estas construcciones ocultas, independientes de las cloacas, que les permitían subsistir en caso de asedio.

Es poco cuanto la arqueología medieval nos ha permitido saber de estas construcciones. Un texto de al-Udri († 1085) nos cuenta que según un testimonio de un viejo, un grupo de guerreros que penetró en uno de estos subterráneos de Tarragona, permaneció perdido en él durante tres días, sin acertar a encontrar la salida hasta que pudo ver una luz.

### **Las ciudades de la España cristiana**

Una de las ciudades de la España cristiana, la ciudad de León, que en el siglo X abarcaba de 18 a 20 hectáreas, ha tenido la fortuna de contar con la dedicación particular de Claudio Sánchez-Albornoz. Mediante un notable acopio de fuentes interpretadas con singular agudeza, nos proporcionó una obra ya clásica, que ha merecido diecisiete ediciones hasta 1998. En ella se recrea la vida en la ciudad de León mil años atrás. El ejemplo, legible con delectación, resulta inimitable. Baste, pues, esta invitación a su lectura, después de la puesta al día que figura en esta obra, con singular agudeza.

De otra ciudad de la España cristiana, Barcelona, de la cual no hemos hecho apenas referencia aquí, vamos a ocuparnos brevemente para terminar esta exposición. El primer documento importante para la ciudad de Barcelona, es el privilegio que le otorgó el rey Carlos el Calvo el 11 de junio del año 844 en el cual la llama “ciudad de nombre famoso” (*Barchinonem famosi nominis civitatem*) y, recordando que sus habitantes se entregaron libremente al dominio de los soberanos francos, los recibe bajo su protección y defensa como hicieron Carlomagno y su hijo Luis el Piadoso, a ellos y a los habitantes del condado. Les ordena permanecer sumisos a la autoridad del conde, les exime del censo y teloneo, les confirma la posesión de las aprisiones que habían efectuado, y permite a los *spani* rendir vasallaje al conde, como el resto de los hombres francos, y si consiguieran algún beneficio de él, al que se le haya encomendado sepa que dicho obsequio lo tendrá bajo su poder en las mismas condiciones que los hombres francos los reciben de sus señores.

Siglo y medio después, el 6 de julio del año 985, la ciudad de Barcelona fue asaltada por las tropas del primer ministro del califa de Córdoba al-Hixam II, llamado al-Mansur, el temible Almanzor que destruyó la ciudad e hizo incontables prisioneros. Almanzor había salido el 5 de mayo de Córdoba, probablemente para obligar al conde Borrell II a reanudar el pago del tributo que había dejado de abonar, rompiendo la tregua. Barcelona, con una extensión de 10 hectáreas, rodeada todavía por la muralla romana del siglo I, rehecha en parte en el siglo V, era una pequeña ciudad. Se habían refugiado en ella muchos vecinos de los alrededores con sus bienes muebles. Era un buen momento para atacarla y llevarse numerosos prisioneros para pedir por ellos rescate. Con la hueste de Almanzor nos dice al-Makkari que iban cuarenta poetas a sueldo, dispuestos a cantar su victoria, precedente curioso de los priodistas-reporteros actuales. El ejército atacante se ha cifrado en 35.000 hombres, cifra que aunque pueda ser exagerada, formada por una mayoría beréber, contaba con tropas cristianas a sueldo.

Naves llegadas del Algarbe se sumaron al sitio y Borrell aunque salió con su hueste a combatir, fue vencido, mientras las tropas de Almanzor saqueaban las comarcas del Penedés y del Vallés y asaltaban el monasterio de San Cugat del Vallés dando muerte a 10 monjes. Defendieron la ciudad el vizconde Udaldar, en ausencia de Borrell, y el arcedianio Arnulf. Borrell se hallaba camino de Manresa en busca de refuerzos. Después de seis días de asedio los asaltantes consiguieron romper la muralla de Barcelona por la parte sur o del regomir y se entregaron al saqueo, incendio y muerte, destruyendo Barcelona y llevándose a Córdoba los prisioneros convertidos en esclavos, o para pedir rescate.

Dos años después (987) la ciudad se estaba recuperando. Se habían destruido numerosos edificios, entre ellos el palacio condal y la catedral. Fueron condenados a muerte los defensores que habían opuesto resistencia y a los demás se los llevaron

cautivos a Córdoba para pedir rescate. Mas pronto acudieron a la ciudad nuevos pobladores y tampoco faltaron los judíos. Algunos cautivos habían conseguido pagar el rescate y volvían a Barcelona. Varias familias se estaban agrupando en torno al monasterio de Sant Pere de les Puelles (987), dando lugar a una *Vilanova* que cristalizaría en torno de tres calles paralelas, entre el núcleo romano y el monasterio benedictino.

Otros síntomas de recuperación fueron inmediatos. Un mercader llamado Robert contribuía a sufragar los gastos de restauración de la canónica de la Seo (1009). Al año siguiente se organizaba desde Barcelona la operación de castigo contra los musulmanes de Córdoba (1010) que permitió obtener mucho botín. Y mientras el conde Berenguer Ramón I confirmaba sus privilegios a los barceloneses en 1025, el entorno de la ciudad se volvía a rodear de viñedos jóvenes, se plantaban árboles frutales, se recuperaban los jardines y se intensificaba la compra de tierras, los campesinos y ganaderos volvían a recorrer los caminos con bueyes, carneros, cerdos, asnos y caballos. Los sitios volvían a estar llenos de grano y se rehacían las casas y cabañas.

La ciudad, en pleno crecimiento, se hallaba gobernada en lo judicial, en nombre del conde, por el *veguer* o vicario suyo y un grupo de prohombres que pasaban a formar su consejo, y en lo administrativo, por el *batlle* o bayle, también de provisión condal. Las murallas se hallaban todavía en obras cuando en 1031 se desmoronaba el Califato y varios reinos musulmanes se repartían su territorio.

Alrededor de la muralla romana iban surgiendo barrios nuevos. Ya hemos nombrado el de Sanr Pere, en el Nordeste. A ambos lados de la Vía del Vallés se edificaban casas y la iglesia de *Sant Cugat del Rec* (1023), presidiendo un burgo nuevo a lo largo de las calles de la Boria y de Carders. Otro barrio, llamado de la *Vilanova*, se creaba en torno de Santa María del Mar (1016) para centrarse en la calle del Mar o Argentería. Entre las murallas y el arenal de la Rambla crecía el barrio o vilanova de Santa María del Pí. Consta documentada, asimismo, desde 1030, la iglesia de Santa María del Port en tanto que el obispo Guislabert construía la nueva catedral románica (1054 – 1058) en cuyo altar mayor se colocaba el sepulcro de Santa Eulalia y, a su lado, se edificaba un hospital.

Pronto la escuela catedralicia adquiría gran predicamento. El juez Homobono reunía en su *Liber iudicum popularis* (1012) los conocimientos que requería el oficio y, poco después, el juez Pons Bofill Marc recopilaba las costumbres jurídicas del territorio condal, el conde Ramón Berenguer I promulgaba esta primera compilación del núcleo original de los *Usatges* (c. 1058), primer código de derecho feudal del Occidente. Y no mucho después se iba relegando a supletoria (1064) la vieja *ley gótica* todavía en uso.

Barcelona estaba experimentando una notable transformación en los más variados aspectos. Su obispo tenía jurisdicción (desde 1045) sobre los cristianos del emi-



rato de Denia-Baleares. Sus atarazanas, al pie de Santa María del Mar, construían naves comerciales, el conde establecía tres alhóndigas para albergar a los mercaderes foráneos y sus mercancías, cobraba parias de los reyezuelos musulmanes fronterizos, florecía la aljama y se ampliaba el *Call* o barrio judío.

Se acuñan mancos de oro barceloneses después de falsificar los dinares musulmanes, cambistas de moneda judíos y cristianos aparecen establecidos en la calle de *Canvis* (luego *Canvis Vells*) y funciona por lo menos una casa de baños (c. *Bany Vells*). Las naves barcelonesas se abren mercados en el Mediterráneo y un nuevo sistema de pesas y medidas se impone. Desde ahora se están construyendo los edificios con un módulo nuevo: el *destre* o *dextre* de doce palmos (= 2,80 metros) que perdurará hasta el siglo XIX en toda Cataluña.

Suenan, por primera vez, los nombres de artesanos de distintos oficios: ballesteros, herreros, zapateros, curtidores, olleros, etc. Mientras tanto, el *Pla* de Barcelona, enteramente cultivado, se está convirtiendo en un auténtico vergel. Cada vez son más las masías y viviendas, con sus torres, que sustituyen las barracas de siglos anteriores.

### XXX

Hoy que tanto se habla del patrimonio, consideramos que el patrimonio monumental de las ciudades debe ser extremadamente protegido. Los arquitectos urbanistas municipales son los primeros responsables de su preservación. Son testimonios para el futuro adaptables a las necesidades de la ciudad, pero no por éstas, han de ser sacrificados, como tantas veces ocurre, en aras de intereses bastardos o circunstanciales. El ciudadano debe ser concienciado de ello, haciéndole partícipe de su conservación y de su valoración, y obligando a las autoridades a intervenir a favor de la conservación de sus bienes patrimoniales, en cuanto se presente la ocasión propicia para ello. Es tan poco lo que se nos ha conservado de la ciudad del año mil que todo testimonio, por pequeño que parezca, puede tener inestimable valor.

### Bibliografía básica

- Archéologie du village déserté. École Pratique des Hautes Études. Armand Colin. París, 1970. 2 vols.
- BERMÚDEZ LÓPEZ, J.; BAZZANA, A. (Eds.): *La casa hispano-musulmana. Aportes de la arqueología*. Granada, 1990.
- BOGNETTI, G.P.: *Problemi di metodo e oggetti di studio nella storia delle città italiane nell'alto medioevo*. En: *La città...* Pp. 59 – 87.
- BRAUNSTEIN, Ph.; DELORT, R.: *Venise, portrait historique d'une cité*. Eds. Du Seuil (Col. Points, Serie Histoire, vol. 4). París, 1971. 253 pp.
- CAILLÉ, J. *L'élan urbain en Languedoc du IXe. au XVe. siècle. L'exemple de Narbonne et Montpellier*. Archéologie du Midi Médieval. Carcassonne, nº. 13 (1995).
- CECCHIELI, C.: *Continuità storica di Roma antica nell'alto Medioevo*. En: *La Città...* Pp. 89 – 149.
- Concejos y ciudades en la Edad media hispánica*. IIº Congreso de Estudios Medievales. Fundación Sánchez-Albornoz. Ávila, 1990. 607 pp.
- CHÉDEVILLE, A.: *Le paysage urbain vers l'an mil*. En: *Le Roy de France et son royaume autour de l'an mil*. Actes du Colloque Hugues Capet, 987 – 1987. La France de l'an Mil. París-Senlis, 22 – 25 juin 1987. Picard ed. París, 1992. Pp. 157 – 163.
- DUPRÉ-THESEIDER, E.: *Problemi della città nell'alto medioevo*. En: *La Città...* Pp. 15 – 46. Problemas de paleogénesis.
- DUPRÉ-THESEIDER, E.: *La città medievale in Europa*. Patron ed. Bolonia, 1966. 198 pp.
- Elenchus Fontium Historiae Urbanae*. C. VAN DE KIEFT, J.F., NIERMEYER, G., VAN HERWIJNEN (editores). E.J. Brill. Leiden, 1967 – 1996. 4 vols. De particular interés para este trabajo el vol. 4 dedicado a Francia.
- ENNEN, E.: *Die europäische Stadt des Mittelalters*. Vandenhoeck & Ruprecht Verlag. Gotinga, 1972. 287 pp. Un excelente balance.
- ENNEN, E.: "Les différents types de formation de villes européennes". *Le Moyen Age*, LXII (1956), pp. 397 – 413.

- EPALZA, M. de: "Un 'modelo operativo' de urbanismo musulmán". *Sharq al-Andalus*, 2 (1985), pp. 137–149. Define los dos modelos de núcleo urbano: la ciudad y el villorrio rural.
- FONT Y RIUS, J.M.: *Cartas de población y franquicia de Cataluña*. CSIC. Madrid-Barcelona, 1969-1983. 3 vols. Desde el siglo IX.
- FONT Y RIUS, J.M.: *Estudis sobre els drets i institucions locals en la Catalunya medieval*. Universitat de Barcelona. Barcelona, 1985. XXI-770 pp.
- FRANCO SÁNCHEZ, F.: *Estudio comparativo del urbanismo islámico de seis poblaciones de la Via Augusta: Sagunto, Xativa, Orihuela, y Ontinyent, Bocairent, Beneixama*. Actas del Congreso *La Ciudad islámica*. Comunicaciones. Zaragoza, 1991. Pp. 353 – 375.
- FUMAGALLI, V.: *Las piedras vivas. Ciudad y naturaleza en la Edad Media*. Edit. Nerea. Madrid, 1989. 149 pp.
- GINOUEZ, O.: "Les maisons excavée à Narbonne autour de l'an Mil". *Achéologie du Midi Medieval*, 11 (1993).
- GIRALT, J. y TUSET, T.: "Modelos de transformación del mundo urbano en el nordeste peninsular. Siglos V – XIII". En: *IVº Congreso de Arqueología Medieval Española*. Tomo I. Alicante, 1993. Pp. 37 – 46.
- GUIDONI, E.: *Città, contado e feudi nell'urbanistica medievale*. Multigrafica Editrice. Roma, 1975. 211 pp.
- GUIDONI, E.: "L'architettura delle città medievali". *Mélanges de l'Ecole Française de Rome*, 86, nº. 2 (1972), pp. 481 – 525.
- GUTIÉRREZ, S.: "De la 'civitas' a la 'madina': destrucción y formación de la ciudad en el sureste de al-Andalus". En: *IVº Congreso de Arqueología Medieval Española*. Alicante, 1993. T. I. Pp. 13 – 35.
- HOHENBERG, P. and HOLLEN LEES, L.: *The Making of Urban Europe 1000 – 1950*. Harvard University Press. Harvard, 1985. 416 pp.
- IZQUIERDO, R.: *Excavaciones en la ciudad hispano musulmana de Vascos (Navalморalejo, Toledo). Campañas 1975 – 1978*. En: *Noticiario Arqueológico Hispánico*. Arqueología. Nº 7. Madrid, 1979, pp. 248 – 392; ID. *Campañas 1983 – 1988*. Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha. Toledo, 1994.
- IZQUIERDO, R.: *Las ciudades medievales, espacios fortificados*. En: *Las fortalezas medievales. Realidad y símbolo*. Alicante – Murcia, 1998. Pp. 109 – 118.

LACARRA, J.M<sup>a</sup>.: *Panorama de la historia urbana en la Península Ibérica desde el siglo V al X*. En: *La Città....* Pp. 319 – 355.

*La Città nell'alto Medioevo* (Settimana di Studio, VI). Spoleto, 1959. 752 pp. Volumen misceláneo del cual destacamos varios trabajos concretos en esta bibliografía.

LAVEDAN, P.; HUGUENEY, J.: *L'urbanisme au Moyen Âge*. Librairie Droz (Bibliothèque de la Société Française d'Archéologie, 5. Ginebra, 1974. 224 pp.

*La ville*. Recueils de la Société Jean Bodin, VI, VII, VIII. Bruselas, 1954 – 1957. 3 vols. Misceláneos.

*Le paysage urbain au Moyen Age*. Actes du XIe. Congrès des historiens médiévistes de l'Enseignement Supérieur. Lyon, 1981. 279 pp.

LEPELLEY, C. (études reunies par): *La fin de la cité antique et le debut de la cité médiévale de la fin du IIIe siècle à l'avenement de Charlemagne*. Ed. Puglia. Munera, 1996. 362 pp.

*Les origines des libertés urbaines*. Actes du XVIe Congrès des historiens médiévistes de l'Enseignement Supérieur. Rouen, 1985. Rouen, 1990.

LÓPEZ, R.S.: *La città dell'Europa postcarolingia*. En: *I Problemi Comuni dell'Europa postcarolingia*. (Settimana, IIa). Spoleto, 1955. Pp. 547 – 574.

LOT, F.: *Recherches sur la population et la superficie des cités remontant à la période gallo-romaine*. Bibliothèque de l'École Pratique des Hautes-Études. París, 1969 – 1970/ (1)1945 – 1946. 2 vols. 521 pp.

PASCUAL, J. y SORIANO, R.: “La evolución urbana de Valencia desde época visigoda hasta época taifa (siglos V – XI)”. En: *IVº Congreso de Arqueología Medieval Española*. Alicante, 1994. Tomo II. Pp. 67 – 75.

PERNOUD, R.: *Los orígenes de la burguesía*. Los libros del Mirasol. Buenos Aires, 1962 / (1) 1947. 151 pp.

PIRENNE, H.: *Las ciudades medievales*. Ediciones 3 (Col. Hombre y sociedad). Buenos Aires, 1962 / (1) 1925. 155 pp. Otra edición Alianza Editorial. Madrid, 1972. 167 pp.

PORRES MARTIN-CLETO, J.: *Historia de Tulaytula (711 – 1085)*. Toledo, 1985.

RENAUD, Y.: *Les villes d'Italie de la fin du Xe siècle au début du XIV siècle*. SEDES (Regards sur l'Histoire, 8 y 9). París, 1969. 2 vols. 573 pp.



- RÍU BARRERA, E.: "Barcelona de la ciutat a la capital comtal (segles V – X)". En: *IVº Congreso de Arqueología Medieval Española*. Alicante, 1994. Tomo II. Pp. 23 – 29.
- RUSSELL, J.B.: *Medieval regions and their cities*. David and Charles. Newton Abbot, 1972. 286 pp. Especialmente 52 – 61, 62 – 76, 159 – 175 y 181 – 185.
- SAMBRICIO, C. (Ed.): *La historia urbana*. Madrid, 1996. 144 pp.
- SÁNCHEZ-ALBORNOZ, C.: *El gobierno de las ciudades en España del siglo V al X*. En: *La Città....* Pp. 359 – 391.
- SÁNCHEZ-ALBORNOZ, C.: *Una ciudad en la España cristiana hace mil años. Estampas de la vida en León*. Prólogo de Ramón Menéndez-Pidal. Madrid, 1998 (17). 216 pp.
- SCHOFIELD, J.: *Medieval Towns*. Leicester University Press (The Archeology of Medieval Britain). Leicester, 1994. 256 pp.
- Simposio nacional sobre ciudades episcopales*. Fundación Fernando el Católico. Zaragoza, 1986. 280 pp.
- SOUTO LASALA, J. A.: "Las ciudades andalusíes. Morfologías físicas". En: *Vª Semana de Estudios Medievales*. Logroño, 1995. Pp. 143 – 166.
- SOUTO LASALA, J.A.: "El poblamiento del término de Zaragoza (siglos VIII – X)". *Anaquel de Estudios Árabes*, 3 (1992), pp. 113 – 152.
- Topografía urbana e vita cittadina nell'alto Medioevo in Occidente*. (Settimana, XXI). Spoleto, 1974. 2 vols. 836 pp.
- TORRES BALBÁS, L.: *Ciudades hispanomusulmanas*. Instituto Hispano-Árabe de Cultura. Madrid, 1985 (2), 1971 (1). 694 pp.
- TORRES BALBÁS, L. y otros: *Resumen histórico del urbanismo en España*. Instituto de Estudios de Administración Local. Madrid, 1954. Especialmente pp. 1– 107.
- TORRES BALBÁS, L.: "Aspectos de las ciudades hispano-musulmanas". *Revista del Instituto Egipcio de Estudios Islámicos*, 2 (1954), pp. 77 – 98.
- VACCARI, P.: *Pavia nell'alto Medioevo*. En: *La Città...* Pp. 151 – 192.
- VALDEAVELLANO, L. G. de: *Orígenes de la burguesía en la España medieval*. Edit. Espasa Calpe (Col. Austral, 1491). Madrid, 1969. 220 pp.

- VALDÉS, F.: *El Madrid islámico. Notas para una discusión arqueológica*. En: *Mayrit. Estudios de Arqueología Medieval Madrileña*. Madrid, 1992. Pp. 141 – 180.
- VALOR PIECHOTTA, M.: “La estructura urbana de la Sevilla islámica pre-almohade”. En: *III Congreso de Arqueología Medieval Madrileña*. Madrid, 1992. Pp. 327 – 337.
- WARD-PERKINS, B.: *L'archeologia della città*. En: *Archeologia e storia del Medioevo Italiano*, dirigida por R. Francovich. Edit. Roma, 1987. Pp. 67 – 80.